

PARTE CRITICA.

LA INSURRECCION DE IRLANDA.

Parturient montes....

Cuando yo llegué á Lóndres en la rápida correría que dejé interrumpida en la primera parte de este número, aquella ciudad-mundo se hallaba en un estado de alarma inesplicable. Yo mismo me alarmé sin ser inglés: no era estraño: á las puertas de los comercios y de las librerías, y llevados tambien por las calles en forma de estandartes, veíanse unos enormes cartelones con letras tamañas como Pidales, en que se leía:

SMITH O'BRIEN A LA CABEZA DE 10,000 INSURGENTES.

Iba mas adelante, y tropezábame con otros carteles como plazas, que decian:

DERROTA DE LAS TROPAS DE LA REINA.

O bien:

LA INSURRECCION TRIUNFANTE EN IRLANDA.

Los telégrafos eléctricos jugaban sin cesar; cada tren que llegaba por los caminos de hierro traía una noticia alarmante, que los periódicos se apresuraban á reproducir. Cada diario hacia cinco ó seis ediciones al dia. Ya era un combate horroso el que se habia empeñado en Clonmel, y en que las tro-

pas habian sido vencidas. Ya los insurgentes habian pegado fuego á los cuarteles de Carrik, y los soldados se habian negado á batirse. Ya en Kilkenny se habia trabado una lucha horrible, en que parecia ir triunfante el pueblo.

Las clases pobres de Lóndres, que constituyen millon y medio de habitantes, este millon y medio de esclavos famélicos del pueblo mas libre y mas rico de la tierra, repetian con feroz sonrisa y con una alegría semi-salvage estas siniestras noticias: «Lastropas han sido derrotadas» se decian unos á otros batiendo las palmas. Pero no lo decian tan bajo que no lo oyeran los polizontes (*policemen*), los cuales les alumbraban cada bastonazo que cantaba el misterio.

Deseoso yo FR. GERUNDIO de averiguar si eran esactas tan alarmantes nuevas, me fuí á la Bolsa. Allí corrian todavía mas gordas. El uno sabia por parte telegráfico que todo el Sur de Irlanda se hallaba en insurreccion: en los condados de Kilkenny, Wexford, Tipperary y Waterford, corria la sangre á torrentes. El otro anunciaba que O'Brien, á la cabeza de 20,000 insurgentes, perfectamente equipados y armados, recorria triunfante el pais, desarmaba la policia, penetraba en las grandes poblaciones, y estaba á punto de ser proclamado Rey de Munster. «O'Gorman, decia otro, que fué á Paris á aprender el sistema de construir barricadas, ha puesto en un estado brillante de defensa á Cork.» Ya la insurreccion se propagaba á Liverpool, Manchester, Edimburgo y Glasgow. Ya se temia que los artistas del mismo Lóndres hicieran una demostracion en favor de los insurrectos de Irlanda. Se citaban con una especie de terror los discursos mas fogosos y alarmantes de los meetings y de los clubs, el pánico reinaba en la Bolsa, y los fondos bajaban con una rapidéz inusitada.

Pues señor, decia yo, esto es muy serio. Está visto que aqui amenaza una conflagracion espantosa. Mi primer pensamiento fué dejar apresuradamente á Lóndres, temiendo que hubiera en toda Inglaterra una mortandad general, en cuyo cotejo fueran insignificantes amagos las sangrientas jornadas

de París. Sin embargo, confiado en que no me faltaría un momento para escapar en mi velocípedo, con tal que los humanitarios y liberales ingleses no me echáran mano por estragoso sospechoso, me determiné á asistir á la sesion del parlamento de aquella noche. El ministerio desmintió las noticias alarmantes del dia, diciendo que no era cierto que la insurreccion hubiera estallado; pero que estaba muy próxima á estallar, y que amenazaba con síntomas muy graves, imponentes y horribles: que por lo mismo pedia al parlamento un *bill*, en que se revistiera de facultades estraordinarias y escepcionales al lord lugar-teniente de Irlanda, suspendiendo las garantías constitucionales, ó sea el *Habeas corpus*, hasta marzo de 1849. Tanta era la urgencia, y tanto el miedo que hacia, que en aquella misma noche se hicieron las tres lecturas del *bill*, en aquella misma noche le aprobó el parlamento, en aquella misma noche se obtuvo la sancion de la Reina, en aquella misma noche se comunicó por telégrafo eléctrico á Liverpool, donde ya habia un vapor preparado para llevar sin perder momento la receta á Dublin, concluyendo lord Jhon Russel con rogar á los diputados irlandeses que se trasladasen inmediatamente á su pais para ver de calmar la efervescencia.

«Esto, dije yo entonces, ya no tiene remedio: aqui se va á arder el mundo.» Y salí con el corazon tamaño como una lentejuela. ¿Cómo habia yo de dormir aquella noche? Otra vez me vino el pensamiento de dejar á Lóndres; pero por otra parte no podia resistir á la pícara curiosidad de ver en qué paraba aquello, y al gusto de poder decir: «He presenciado uno de los sacudimientos mas espantosos que han conmovido al mundo.»

Por una casualidad supe que habia llegado de Dublin lord Clarendon, el lugar-teniente general de Irlanda. La circunstancia de habernos conocido y tratado durante su permanencia en España, me alentó á hacer una visita al noble lord, y aprovechar la ocasion de saber originalmente lo que habia. El noble lord me recibió tan amable y cortesmente como yo hubiera podido desear. Desde luego me preguntó:

—¿Cómo están vds. por España?

—Milord, le dije, allí seguimos sin garantías constitucionales.

—Oh ¡eso es horrible! ¡pobres españoles! Ya habeis visto que el gobierno de la Gran Bretaña ha hecho todo género de esfuerzos por hacer entrar al rudo general Narvaez en la senda constitucional.

—Lo sé, milord, y agradezco vuestros buenos oficios. Y decidme, ¿cómo habeis dejado la Irlanda?

—La Irlanda, FR. GERUNDIO, queda tambien por ahora sin garantías constitucionales. Ya sabreis que se ha suspendido el *Habeas corpus*.

—Pero, milord, permitidme que os diga que eso me parece horrible! ¡pobres irlandeses!

—¡Cómo pobres irlandeses! Oh, yo os aseguro que los agitadores serán duramente escarmentados. 50,000 hombres están sobre Dublin dispuestos á obrar sobre el pueblo al menor síntoma de insurreccion. Los buques de guerra cargan sus cañones á vista de las ciudades en que se teme algun movimiento, preparados á bombardearlas ó metrallarlas á la primera señal, He hecho agrandar las cárceles de Dublin; se han ejecutado ya numerosas prisiones, se hacen visitas domiciliarias, se han suspendido los periódicos, se ha mandado cerrar los clubs, y no dudeis que el gobierno de la Gran Bretaña hará sentir todo el peso de su inmenso poder sobre esos miserables.

—Pero, milord, no puedo creer si no que os chanceais: ¿no son esas las mismas medidas que tanto reprobabais en España?

—Oh, si; pero nosotros lo hacemos con los irlandeses.

—Vos, milord, que conoceis tanto la España, os acordareis sin duda de un refran que por allá tenemos, que dice: justicia, pero no por mi casa.

—Veo, me dijo sonriéndose, que siempre sois el mismo FR. GERUNDIO.

—Pero decidme, milord; ¿qué es lo que pretenden los irlandeses?

—¿Qué es lo que pretenden? El mayor de los crímenes. Nada menos que emanciparse de la Gran Bretaña, nada menos que ser libres, y regirse ellos por sí mismos como allá en otro tiempo.

—Segun eso, milord, ellos pretenden lo mismo que ha hecho la Sicilia, emancipándose de Nápoles, y formando un reino separado, como lo fué en otro tiempo. Y si no me engaño, vos habeis protegido la emancipacion de la Sicilia, reconocido su gobierno revolucionario, y ahora reconoceis tambien al duque de Génova que se ha dado por rey.

—Ah, eso si, es un deber del gobierno de la Gran Bretaña proteger la emancipacion de los pueblos

—Menos de los que están subyugados á la Inglaterra, ¿no es verdad, milord?»

A este tiempo entró un personage que se conocia ser de bastante confianza para lord Clarendon, porque despues de un breve saludo, «Os felicito, milord, le dijo, por las enérgicas medidas que habeis tomado; nada de consideracion con los rebeldes; esterminarlos si es preciso; me place que hayais ofrecido 500 libras por las cabezas de O' Brien, de Meagher, y de los otros miserables gefes de esa infame revolucion democrática.

—Tengo el honor, me dijo Clarendon, de haceros conocer á mi compañero y amigo lord Palmerston.

—Muy señor mio, dije yo, tengo la honra de ofreceros mis respetos.»

Figúrese el lector como se quedaria mi pobre reverencia al ver que el personage que con tal desenfado acababa de hablar aconsejando el esterminio de los rebeldes, era nadameno que el humanitario Palmerston. Al pronto estuve por enmudecer, pero luego dije para mí: «¿Y qué tengo yo con los ingleses? Yo he de decir la verdad al *Sursum-corda*, aunque el *Sursum-corda* sea ministro de la Gran Bretaña.» Y asi acordándome de que era fraile, y pasándome disimuladamente la mano por la cara:

—«Sabreis, milores, les dije, que el Czar de Rusia acaba de ofrecer 10,000 rublos por la cabeza de Staniszeuski, ese jóven polaco que habia ido á conspirar á San Petersburgo.

—Oh, eso es inícuo, exclamó Clarendon.

—Decid mas bien que es bárbaro y feroz, repuso Palmers-ton: será preciso pasarle una enérgica nota sobre un acto de ferocidad que repugna á la moderna civilizacion.

—¿Pero vos, dije yo, no habeis puesto tambien á precio la cabeza de O' Brien, tasándola en 500 libras, siendo ademas diputado de vuestro parlamento?

—Si, contestaron los dos, pero O' Brien es irlandés, y Staniszeuski es un polaco; el Emperador de Rusia es un monarca absoluto, y el gobierno de la Gran Bretraña es un gobierno liberal. Hacéos cargo de esta diferencia.

—Me convenzo, les dije.»

Confieso que no tuve paciencia para oir mas. Les pedí permiso para retirarme, ellos debieron agradecérmelo, porque no les faltaria que hacer, y cuando me ví en la calle no acertaba á persuadirme de que fuesen lord Clarendon y lord Palmers-ton los mismos con quienes acababa de hablar; antes se me figuró si seria un sueño, pues mas bien que ministros de la liberal Inglaterra, parecian ser, ó bien Narvaez suspendiendo las garantías constitucionales y haciendo prisiones á roso y belloso, ó bien el rey de Nápoles ordenando el bombardeo de Sicilia, ó bien el emperador de Rusia poniendo á talla la cabeza de un conspirador político.

Ya estaba resuelto á dejar definitivamente la Inglaterra, cuando se anunció oficialmente que la horrorosa y temida insurreccion de Irlanda habia estallado. Confieso que me puse á temblar, viendo cuando se ponía en combustion toda la Gran Bretraña, cuando se propagaba el incendio al mismo Lóndres, y cuando se estendía una nueva conflagracion por toda Europa, como de resultas del 24 de febrero, que todo lo hacian temer las terribles medidas adoptadas por el gobierno, y las espantosas noticias anunciadas por los diarios y repetidas por los car-

teles. Por fortuna con la nueva de la insurreccion llegó la del desenlace. ¡Estremece el oírlol Smith O' Brien, diputado, descendiente de los últimos reyes de Irlanda, primer gefe de la revolucion irlandesa, armado de un largo lanzon, con cuatro pistolas en el cinto, adornado su pecho con una ancha banda tricolor, al frente de tres ó cuatro mil insurgentes, armados la mayor parte de estacas, se presenta en Killenaule, encuentra un destacamento de húsares, sube lanza en ristre sobre una barricada: «Soldados, les dice, ¿venís á prenderme?—No, le dicen los húsares.—Pues entonces, pasad adelante.» Primera campaña de Smith O' Brien.

La segunda campaña de Smith O' Brien fué la siguiente. El campo de batalla fué Balingarry. El ejército libertador de Irlanda se encuentra frente al enemigo. El enemigo era un sargento con seis hombres de policía. O' Brien le intima la rendicion: el sargento le contesta que no le da la gana de rendirse. «Pues entonces, quede vd. con Dios, le dijo el general en gefe del ejército revolucionario irlandés; es vd. un mentecato.» Y se fué á llevar la guerra á otra parte.

O' Brien se dirige con sus formidables masas á Kipperary, teatro de sus predicaciones. La columna avanza hácia la poblacion. En esto se presenta el cura del lugar, Mr. Corkeran, y arenga á la multitud: «Muchachos, les dice, no seais majaderos, no sigais á ese loco; idos, idos á vuestras casas, que os tiene mas cuenta, y dejáros de tonterías.» Los insurrectos tiran las armas, y se van á su casa como corderos. Esta tercera campaña, aunque desastrosa, no desalienta al fogoso agitador, que con las reliquias de su ejército de operaciones se retira en el mejor orden á Kilkenny, donde se incorpora con Doheny, Meagher y Dillon. Entre todos logran reunir otros tres ó cuatro mil hombres, y se disponen á dar la cuarta campaña, que fué la definitiva. Las fuerzas enemigas se hallaban en un campamento atrincherado. No eran los 50,000 hombres que el gobierno habia mandado al Sur de Irlanda, pero eran cincuenta polizontes. El aguerrido O' Brien dispone primero un riguroso

bloqueo; en seguida estrecha el sitio, ya se preparaba á dar el asalto, cuando amostazados los cincuenta polizontes salen de su casucha, emprenden tras del ejército sitiador, los insurrectos no ven tierra por donde correr, cada cual se desbanda por donde puede, Smith O' Brien, el presunto rey de Munster, arroja el lanzon por un lado, las pistolas por otro, él se oculta á gatas entre unas berzas, en seguida logra ganar las minas de Killenanle, y fugitivo, famélico, habiendo perdido ya entre los matorrales el sombrero, un pedazo de casaca y un zapato, anda de pozo en pozo sin que la policía haya podido dar con él (1).

Tal fué el fin y remate que tuvo la famosa insurreccion de Irlanda, con que los ingleses alarmaron al mundo, que provocó estados de sitio, medidas escepcionales, prisiones sin cuento, y precauciones, en fin, que hacian temer que el fin del mundo iba á venir por Inglaterra.

Luego que dejé á Irlanda tranquila, á Londres sosegado y á Palmerston sin miedo, salí de Lóndres y me fui á Paris.

IMPAVIDEZ DE UN COMUNISTA.

Impavidum ferient ruinae.

Mi primer cuidado tan luego como llegué á Paris fué asistir á una sesion de la Asamblea. Y tuve fortuna, porque otra mas divertida con dificultad la ofrecerán los anales legislativos. Cuando yo entré en el salon encontré riendo á carcajada

(1) Por fin ha sido cazado este pobre hombre en el momento que salió de la huronera. Creo que los ingleses no deberán darle otro castigo que enviarle á *Bedlant* ó á *The Hanvel Asylum*,

á unos 700 representantes, que serian los que se hallaban presentes. Ir de Lóndres, donde hasta lo ridículo tiene no sé qué de tétrico y de severo, y encontrarme de repente en un París, donde hasta lo mas grave participa de lo cómico y lo alegre, y sobre todo verme en medio de una asamblea nacional republicana tan bulliciosa, divertida y risueña, fué un tránsito que me puso de buen humor. «Que viva la gente cruda;» exclamé, y me puse á escuchar atentamente la funcion.

En la tribuna habia un orador que era el que hacia el gracioso de la comedia. Y á fé que si el hombre se propuso desempeñar este papel, lo logró cumplidamente, porque ni Bouffé en Paris, ni Guzman en Madrid hubieran podido tener tan jovialmente entretenido al auditorio. A cada dos palabras era interrumpido por la hilaridad que escitaba. Y el caso es que no eran chistes los que decia, sino disparates, pero de aquellos tan originales y tan gordos, que hubieran hecho reir al mismo don Difunto, que es el hombre mas sério y mas formal que conozco.

El afortunado mortal que asi se lucia, era el ciudadano Proudhon, el que enseña que la propiedad es un robo, y su discurso era la apologia de su sistema de comunismo. Cada frase suya era un solecismo político, y cada pensamiento una heregia social. La asamblea habia hecho bien en tomarlo á risa. Mas como los franceses se cansan pronto de todo, y asi se cansan ellos de la república como de la monarquia, y asi se cansan de llorar como de reir, á las risas sucedieron luego los murmullos y los chichéos, las toses, y hasta los silbidos. Pero ni por eso se alteraba el ciudadano Proudhon: él continuaba impávido echando por aquella boca cada blasfemia que aturdiá. A las risas, los murmullos, los chicheos y los silbidos se siguió un fuego graneado de diálogos entre los diputados, el presidente y Proudhon.—Esto ya no se puede aguantar, decia uno.—Que se le llame al orden, gritaba otro.—Dejarle que dispareate cuanto quiera, exclamaba el tercero.—Esto es un insulto, prorumpian de un lado.—Agarrarle de un brazo y ha-

cerle bajar de la tribuna, gritaban de otra parte.—Señores, tengamos otro poco de paciencia, decía el presidente.—Continúo, señores, decía á cada una de estas interrupciones con mucha flemma el ciudadano Proudhon. Y les echaba otra rociada de desatinos. En este escopetéó se invirtió hora y media; pero ello fué que el impertérrito comunista, *velis nolis*, hizo tragar á la Asamblea todo su discurso de tres horas de punta á cabo.

Verdad es que la Asamblea acordó negarle los honores de la contestacion, pero lo hizo de un modo que cuando trató de ser mas formal se hizo mas cómica.

«Ciudadanos, dijo el presidente, leeré los varios proyectos motivados para pasar á la órden del dia que se han traído á la mesa.

Proyecto 1.^o—Atendiendo á que el discurso de Mr. Proudhon ou es mas que un largo atentado á todos los derechos de la sociedad, de la Asamblea nacional, y del pueblo mismo cuyos derechos y autoridad él niega: atendiendo á que este discurso no es mas que un llamamiento á la insurreccion: la Asamblea pasa á la órden del dia, prescribe que el discurso no se inserte en el *Moniteur*, y declara que los diarios que le reproduzcan puedan ser perseguidos con arreglo á las leyes.

Mr. Proudhon permanecia impávido y sereno. La Asamblea no aprobó este proyecto y se leyó otro.

2.^o—La Asamblea, considerando que la proposicion del ciudadano Proudhon es un atentado odioso á los principios de la moral pública, que viola la propiedad, alienta la delacion, y hace un llamamiento á las malas pasiones, pasa á la órden del dia.

A todo esto Proudhon continuaba impasible. Tampoco la Asamblea aprobó este proyecto y se leyó otro.

3.^o—La Asamblea nacional, considerando que la proposicion del ciudadano Proudhon es atentatoria al derecho de propiedad sobre que descansa el órden social, contraria á la libertad de las transacciones, á la ley de los contratos y á la moral pública, pasa á la órden del dia.

El ciudadano comunista, como tan favorecido, proseguia

impertérito. Tampoco este proyecto fué aprobado, [y se pasó á hacer lectura de otro.

4.º—Considerando que las doctrinas desenvueltas por el ciudadano Proudhon son atentatorias á la moral, á la propiedad, á la familia, al orden, y á los principios de libertad, igualdad y fraternidad, pasa á la orden del dia.

Mr. Proudhon se conservaba tan fresco y tan corriente. Tampoco la Asamblea aprobó este proyecto, y se procedió á la lectura del

5.º—Considerando que el proyecto presentado por el ciudadano Proudhon contiene un ataque directo al principio sagrado de la propiedad, que viola la fé de los contratos, y que las leyes que él conculca están bajo la salvaguardia de la República, la Asamblea declarará no tomar en consideracion la proposicion de M. Proudhon.

El ciudadano Proudhon se mantenía imperturbable. No habiendo aprobado la Asamblea este proyecto, se leyó otro y era el

6.º—Atendido que la proposicion que el ciudadano Proudhon ha desenvuelto en la tribuna por espacio de tres horas, es un verdadero ataque al honor social por la abolicion de los contratos, y á la seguridad del estado por la excitacion á los trastornos, pasa á la orden del dia.

Mr. Proudhon tan impávido como si le dijeran lisonjas. La Asamblea no se dió por satisfecha con este proyecto, y el Presidente sacó otro del almacén, y era el

7.º—La Asamblea, profundamente afligida de que doctrinas que merecen toda su reprobacion se hayan producido en esta tribuna, aprobando el dictámen de su seccion de hacienda, pasa á la orden del dia.

Tampoco contentó á la Asamblea esta redaccion. Yo creí que despues de vuelta una oracion por activa y por pasiva, por participio, por gerundio, por infinitivo, por futuro en rus y por futuro en dus, no habria medio gramatical de darle mas vueltas, cuando con admiracion oí al presidente que todavía tenia en la mano otros cinco proyectos de orden del dia. Por

fortuna pidieron los diputados que se volviera al 2.º, pero no sin que el ministro de lo Interior le hiciera la siguiente adición.

«Considerando además que el orador ha calumniado la revolución de febrero, haciéndola cómplice de las teorías que ha venido á desenvolver á la tribuna, etc.»

Apoyado, apoyado, exclamaron todos; que se ponga á votación nominal. Así se hizo, y el proyecto 2.º con su aditamento fué aprobado en votación nominal por 691 representantes contra 2. Estos dos fueron el imperturbable *Proudhon*, y un pobre *Greppo*, que quiso participar de su gloria.

La sesión me pareció cómica desde el principio hasta el fin. Pero el comunismo murió aquella tarde en Francia, de muerte adminícula y pésima. Sin embargo, ¡cosa sorprendente y admirable! ¡El ciudadano *Proudhon* no se murió de vergüenza! Todavía vive y asiste á la Asamblea muy sereno. *Impavidum ferient ruinæ*,

OBSEQUIOS DE ARMAND MARRAST A FR. GERUNDIO.

Concluida la sesión, y al salir yo de la Asamblea, me ví inopinadamente rodeado y saludado por varios representantes, entre ellos Drouyn-de-Lhuys, Bertrand, Garnier-Pagès, Victor Hugo, Javier Durrien, y otros á quienes mi paternidad había conocido, ya en España, ya en Francia, Preguntéles cómo era que sabían que estaba allí, y me respondieron que cuando yo había exclamado: «viva la gente cruda,» no lo hice tan bajo que no se percibiera en todo el salón, y que al oír una exclamación tan española habían mirado á la tribuna pública y

me habian reconocido. Como á tal tiempo saliera Armand Marrast, presidente de la Asamblea, me hicieron la honra de presentarme á él. El ciudadano Marrast me recibió tan finamente que hasta me invitó á que le acompañara en su coche y tomara posesion de su casa. Yo rehusaba admitir tanta fineza, pero me añadió: «me hareis un obsequio, porque tengo que consultaros.» A esto no me puede ya negar, y partimos juntos.

Luego que llegamos á su casa, ó mas bien á su palacio: «Parece ser cierto, me dijo, que la reina de España ha abortado.

—Tal es, le respondí, la voz y la opinion pública, y así lo han certificado ademas los médicos de cámara.

— Es precisamente sobre lo que queria tomarme la libertad de consultaros. Yo conozco un poco el español, y os confieso que no me ha sido posible traducir el parte oficial de los cuatro médicos de cámara. Espero que vos que sois español tendreis la bondad de descifrármelo.

Y sacando la Gaceta de Madrid en que aquel venia, comenzó á leerme: «*Los médicos-cirujanos de cámara que suscriben tienen el honor de poner en conocimiento de V. E. en cumplimiento de su deber, que los fundados recelos que concibieron de que la incomodidad que sufrió la Reina nuestra Señora en estos últimos dias indicaba todos los signos de un aborto, hoy pueden afirmarlo de una manera positiva....*

—Esto es, me dijo, lo que me parece haber podido comprender, pero no traducir. *Los fundados recelos que concibieron, hoy pueden afirmarlo....* No hallo aqui medio de hacer oracion gramatical, ¿son los recelos los que pueden afirmarlo?

— No señor, son los médicos; á *los fundados recelos* los han dejado sin verbo. Será sintaxis de medicina de cámara. Tampoco yo os lo podré traducir al francés.

—En tal caso no es todo torpeza mia, dijo Mr. Marrast, y esto me consuela; y prosiguió leyendo: *Hoy pueden afirmarlo de una manera positiva por haber reconocido el producto de la concepcion, que seria de dos meses poco mas ó menos, arrojado en el dia de ayer á la una y media de la tarde,*

—¿Es que en España se reconoce el producto de la concepcion antes de ser arrojado?

—No señor, esta es una trasposicion médica.

Concluia el parte diciendo: *Arrojado ayer á la una y media de la tarde, continuando sin novedad. Dios etc.*

—Desearia saber, me dijo Marrast, si lo que *continúa sin novedad* es, como parece, *el producto de la concepcion*; pues en tal caso habrá esperanzas de que vaya creciendo y desarrollándose.

—No señor, le dije; la intencion de los médicos es decir que la reina continúa sin novedad, aunque parezca significar otra cosa.

—Os he hecho esta consulta, porque sé que el ministro de lo Interior, Mr. Senard mi amigo, hubiera querido insertar esta comunicacion en la parte oficial del *Moniteur*, y no le ha sido posible por no haber hallado quien se la traduzca al francés.»

Aunque pueda saberse mucha medicina con muy poca gramática castellana, sentí en verdad, yo FR. GERUNDIO, á fuer de buen español, que un documento suscrito por cuatro médicos de cámara, en que se certifica de un suceso que habia de interesar y llamar la atencion de todas las naciones, se hubiera escrito de una manera intraducible en los idiomas estrangeros.

Marrast me invitó á comer con él; yo, aunque fraile, no creí deber tomarme la confianza de aceptar, y le dí las mas cumplidas gracias por su ofrecimiento.

TEATROS FRANCESES Y TEATRO ESPAÑOL.

—«Por lo menos, me dijo, me dareis el placer de disfrutar de vuestra amable compañía esta noche en mi paleo.

—El placer y el honor será para mí, le dije. ¿A qué teatro pensais asistir?

—Al que vos me designéis, me respondió. Tengo palco abonado en los tres principales. Este abono, añadió, no es personal, es hecho á nombre de la presidencia de la Asamblea; por un mes no mas, porque es el tiempo que dura la presidencia. Me propongo así demostrar que la república protege las artes. Además es preciso que París se divierta, que París vuelva á ser el pueblo alegre y bullicioso, el centro de la civilización y del buen gusto, y la mansión de delicias de los extranjeros. He querido dar el ejemplo de que la república ama los espectáculos. Ya habeis visto cómo uno de los primeros cuidados de la Asamblea nacional ha sido dotar los teatros de una manera conveniente y anchurosa.»

Lo que yo deduje fué que al señor Presidente de la Asamblea le gustaba divertirse á costa de la patria, y tener tres teatros á escoger donde pasar la noche alegremente, *gratis et amore*. ¿Qué hubiera dicho este individuo del ex-gobierno provisional republicano, si en tiempo de Luis Felipe el presidente de la cámara se hubiera abonado á tres teatros á costa del presupuesto? Hubiera gritado: «escandalo! ¡dilapidacion! ¡infamia! ¡Así se arruina al país! ¡En esto se invierte la sangre y el sudor del pueblo! ¡No se puede vivir bajo el gobierno de la monarquía!»

Yo le dije: «Pues según la afición que veo teneis al teatro, es lástima que no os traigais de maire ó de prefecto de París al corregidor de Madrid, Conde de Vista-hermosa, porque os ayudaria grandemente á proteger este ramo de ornato y de recreación pública.

—¿Es aficionado, hé?

—Apasionadamente aficionado. Figuraos, Señor Marrast, que en estos momentos anda revolviendo á Roma con Santiago, y no deja piedra por mover, ni palillo que no toque, ni excitación que no haga, á fin de construir en Madrid un Teatro Real, grande, magnífico, esplendoroso, digno de la capital de España y de rivalizar con los vuestros.

—¡Oh! es una idea feliz la de vuestro Corregidor: si yo

estuviera en Madrid, la fomentaría con todas mis fuerza s.

—Pero habeis de suponer, señor Marrast, que aun no tenemos en Madrid un palacio para el Congreso: que hace ocho años principió á edificarse uno, que está todavía á medio hacer, y que es muy posible que tengamos que suspender la obra por falta de pecunia, y muy regular que esté suspendida á estas horas. Habeis de suponer que una de las bases del Concordato que tenemos ya casi arreglado con el Pontífice es el establecimiento de una silla episcopal en Madrid, y el Obispo de la capital de España será el primer Obispo sin catedral que se haya conocido, porque en Madrid no tenemos catedral, ni iglesia decente que pueda suplirla, y nadie piensa en levantar catedrales. Habeis de suponer que carecemos de un establecimiento de beneficencia decoroso, de una carcel mediana, de un hospital de dementes cual corresponde. Habeis de suponer que en punto á diversiones no nos falta por ahora nada en Madrid, gracias á Dios, porque tenemos unas sociedades anónimas en liquidacion, que han dejado á todo el mundo liquido de moneda y anónimo de cuartos; tenemos ademas un Banco español de San Fernando, teatro en que se dan diariamente unas funciones tragi-cómicas las mas divertidas del mundo, con una clase de billetes que han servido para salir y no sirven para entrar, lo cual no lo habeis visto en ninguno de vuestros teatros. Habeis de suponer, señor Marrast.....

—No os molesteis mas, Monsieur FR. GERUNDIO; siendo asi, os podeis quedar con vuestro corregidor.

—No señor, nó, está á la disposicion de VV. Con un Presidente de la Asamblea como vos, y un Prefecto como Vista-hermosa el Paris cómico ganaria grandemente.

LOS CORDEROS REPUBLICANOS.

Con esto nos despedimos hasta la noche. Se me olvidaba decir que yo habia elegido el teatro de la Opera-cómica, por ser el mas próximo á mi hotel. Hacíanse *Los diamantes de la corona*, no los diamantes de la corona de Luis Felipe, que estos Dios sabe dónde habrán ido á parar, sino una ópera así titulada, que gusta mucho allí. Nada ocurrió de particular en la funcion. En el palco de la Asamblea entraban y salian muchos representantes, no de la ópera, sino de la Asamblea misma, que se conocia querian tambien dar ejemplo de proteccion á las artes como su presidente. Preguntábanme si en España amábamos la república francesa. «Como aun no está constituida, les contestaba yo, todavía no hemos podido juzgarla.» Uno de ellos que era miembro de la comision de Constitucion, me aseguró que muy pronto seria discutida, y que no dudaba mereceria la aprobacion y las simpatias de España y de la Europa entera. «Mañana, me dijo Marrast, no debeis perder nuestra sesion; está anunciada una interpelacion sobre la prensa, y vos que sois periodista en España asistireis con gusto á la discusion.» Así se lo prometí, y él me alargó dos billetes de tribuna reservada.

En efecto, asistí á la sesion. Cuando oí la interpelacion, y ví que versaba sobre el hecho de haber suspendido el general Cavaignac once periódicos en un dia, sobre no haberles permitido volver á publicarse ni aun llenando las condiciones de la ley vigente, sobre haber preso al diputado y director de la *Presse* Mr. Girardin sin formacion de causa, haberle tenido incomunicado en un calabozo doce dias, y haberle puesto en li-

bertad sin manifestarle el motivo de su prision, y cuando ví que nadie negaba estos hechos, «vaya por Dios, dijo para mí, ayer asistí aquí á una funcion de comedia, y hoy voy á presenciar una tragedia. Este pobre Cavaignac va á caer hoy mismo, y Dios sabe cuál será su suerte.» Tosí á ver si llamaba la atencion de los representantes conocidos; volví á toser, hice gestos, hasta que conseguí que me miráran Drouyn-de-Lhuys y Bertrand, entonces les significué por señas que salieran, que tenia que hablarles. Hiciéronlo asi, y yo tambien sali de la tribuna. Me dirigí al salon de descanso, y los encontré alli esperándome ya.

—«¿Teneis, les dije, alguna confianza con el general Cavaignac?

—¿Queríais comunicarle algo?

—Si, si teneis con él alguna confianza, hacedme el favor de decirle de mi parte que si necesita un asilo en su desgracia, yo le ofrezco en España un humilde y modesto albergue, una pobre celdita de que puedo disponer, pero donde hallará una voluntad grande y generosa, en gracia siquiera de lo que ha contribuido al restablecimiento del órden social.

—¿Pues qué, creéis que el general Cavaignac haya de tener que buscar un asilo en tierra estraña?

—Y tanto como lo creo. Porque hoy infaliblemente habrá de sucederle una catástrofe. ¿Cómo ha de perdonarle la Asamblea, cómo le ha de perdonar la Francia un abuso de poder como el de haber violado tan brusca y arbitrariamente la libertad de la prensa, suprimiendo once periódicos en un dia, atropellando á los ciudadanos, y cometiendo los demas escesos que he oido denunciar dentro de ese recinto? La Francia que acaba de derrocar la monarquía, que acaba de comprar á precio de tanta sangre la reconquista de sus libertades, ¿habrá de perdonar á Cavaignac una tiranía que no se atrevió á cometer nunca el tan aborrecido ministerio Guizot? ¡Pobre Cavaignac! ¡y qué pronto se ha desgraciado un jóven, que por otra parte daba grandes esperanzas!

—Creemos, me dijeron, que vuestros temores sean exagerados.

—Pues bien, os suplico que le trateis con conmiseracion.»

Con esto ellos se volvieron á la sala de sesiones, y yo me volví á mi tribuna. Hablóse de tiranía y de dictadura. «Ahora, dije yo, la Asamblea va á decretar que se conduzca en el acto á Cavaignac á una prision de estado, y este pobre hombre no va á tener tiempo de escaparse » Pero, bendito sea Dios, no tuve este sentimiento. Por el contrario, los representantes de la república francesa manifestaron estar muy satisfechos y muy contentos con la dictadura del general Cavaignac, con el estado de sitio, con la supresion de los periódicos, con las prisiones arbitrarias, y con cuantas medidas hubiera tomado ó tomara en lo sucesivo en uso de la omnipotencia de su poder. Cavaignac se levantó, preguntó si se habia escedido, y respondiéronle que de ninguna manera, que todo estaba perfectamente hecho, y que si necesitaba algunas facultades mas se las darian, á lo cual contestó que no habia necesidad, que antes bien conocia que las tenia de sobra: *j'ai trouvé au contraire que j'en avais trop*: y sin mas discusion se pasó á la orden del dia.

Como soy FR. GERUNDIO me quedé asombrado de ver á lo que habia venido á parar en agosto la república de febrero. Lo que hacia ó decia Cavaignac era como si lo hiciera ó dijera la Santísima Trinidad; los representantes le obedecian como mansos corderos á la voz del pastor: los que habian hecho una revolucion proclamando *la libertad ilimitada de la prensa*, santificaban ahora al que la daba, *auctoritate qua fungor*, cuantos tajos y mandobles le venian en mientes, y aun querian dar mas omnipotencia al que confesaba que tenia ya demasiada. Como yo me habia equivocado tanto, no me atreví á presentarme ya á los mismos á quienes habia recomendado ¡simple de mí! que le trataran con indulgencia, y me fuí solo á casa, reflexionando lo que son las revoluciones, y lo que da de sí una república en el trascurso de cinco meses.

LA GRAN SOIRÉE REPUBLICANA.

Ya me disponia yo para regresar á España, cuando recibí un billete de Armand Marrast invitándome en los términos mas espresivos y obligatorios á concurrir á la *soirée* que pensaba dar á la noche siguiente en el palacio de la presidencia. Asi por corresponder á su fineza, como por poder comparar despues la fiesta de la república francesa con la de la monarquía española en la noche del 9 en el palacio y jardines de la Granja, resolví acceder á su invitacion. Contábanse en París maravillas acerca del festin de Mr. Marrast: mas de 300 operarios trabajaban hacia ocho dias en los preparativos: alegrábame yo no poco de que me hubieran tocado las fiestas de agosto en lugar de las matanzas de junio.

Por la mañana se habia leído en la Asamblea el proceso sobre aquellas sangrientas jornadas, y por la noche iba la Asamblea á divertirse al palacio de su presidente. Dieron las nueve, que era la hora, me puse todo lo mas decentito posible, y sali en compañía de un representante que habia tenido la bondad de ir á buscarme. A los pocos pasos se vió nuestro carruage entorpecido por un grupo que obstruia la calle.

—¿Qué es esto? le pregunté á Mr. Rey, que asi se llamaba mi amigo: ¿es acaso algun club que sale de celebrar su session?

—Ya no hay clubs en París, me dijo; nacieron con la república y la república ha acabado con ellos. Estas gentes, añadió, salen de ese templo vecino de hacer las honras fúnebres al desgraciado y benemérito general Damesme, uno de los ocho generales que han sucumbido á e resultados de las jornadas de junio.

Entre estos habrá muchos representantes: ahora cambiarán la corbata y el guante negro por el guante y la corbata blanca, y en seguida se irán á la fiesta. Allá los veremos.

No me pareció muy sentimental ni muy luctuosa la transformación, pero callé y seguimos. A la vuelta de dos ó tres calles se paró otra vez nuestro carruage. Era que venia un escuadron de dragones escoltando al parecer prisioneros.

—«¿Y esto qué significa? pregunté.

—Ah, esta es una cuerda de 500 presos de los condenados por los sucesos de junio, que conducen al Havre para desde allí trasportarlos á *Belle-Ile en-Mer*: á esta isla están destinados unos 3,000: los demas hasta 10,000 se distribuirán en otras islas. Esta es la segunda cuerda que sale. Creo que os va á agradar mucho la fiesta de Mr. Marrast.

—No lo dudo, le respondí, me parece hombre de buen gusto.»

Mientras pasaba la cuerda, mi pensamiento estaba fijo en mi buen TIRABEQUE. ¡Cuánto hubiera yo dado por poderle trasportar allí, para ver que decia de aquellas honras fúnebres, de aquellas cuerdas de presos, y de aquellos festines de la república! Pero la cuerda pasó, y nosotros seguimos nuestro camino. A poco rato nos encontramos á la puerta del palacio de la presidencia, lujosamente iluminada. Oíanse ya las armonías del gran concierto: el vestíbulo y escalera estaban cubiertos de flores y arbustos que con su verdura y sus aromas embalsamaban aquel espacio: brillantes arañas reflejaban sus luces en aquellas bruñidas y lustrosas paredes.

El delicioso palacio de la presidencia de la Asamblea se comenzó en tiempo de Luis Felipe con todo el lujo de las monarquías puras. Los republicanos se hallan muy bien alojados en los palacios de la monarquía. Los salones estaban adornados con una riqueza y un gusto esquisitos. Las frescas pinturas de los techos y el oro de las paredes, armonizaban muy bien con las cruces y cintas y las doradas botonaduras de los desprendidos republicanos, y con las gasas y encages, con los brillantes

y guirnaldas de las bellas republicanas, que habíalas tambien en gran número, luciendo sus *bouquets* de frescas flores, y agitando, aunque sin gracia, sus abanicos. Ejecutáronse y se cantaron escogidas piezas de Weber, de Mozart y de Bellini. La concurrencia era brillante y numerosa. La mayoría sin embargo la constituian los representantes de la Asamblea, aunque tambien estaban representadas la Academia, la literatura, el ejército, la guardia nacional, y hasta la movilizada. Lo que me pareció digno de elogio fué que Marrast habia procurado reunir allí todos los partidos y todos los matices políticos: republicanos de la víspera y republicanos del día siguiente, la Montaña y la Llanura, el gobierno provisional antiguo y el gobierno provisional moderno, dinásticos de la izquierda y dinásticos de la derecha, todo estaba allí confundido; Lamartine se rozaba con Cavaignac, Thiers con Ledru-Rollin, y Carnot con Dupin mayor y con Duvergier de Hauranne. Casi estaba viendo cuando me tropezaba por allí con Joinville.

Cavaignac vestia un sencillo frac negro, y llevaba al cuello la cinta de comendador de la Legion de Honor. Todas las miradas se fijaban sobre él, haciéndole la corte como á un monarca, y cada uno procuraba adivinar en su fisonomía resuelta é inteligente mezclada con cierto reflejo de melancolía, el secreto del porvenir. Conociáse que andaban á caza de alguna palabra que se le soltára. Yo pude pescarle algunas, aunque cortadas, de una larga conversacion que tuvo con el embajador de Inglaterra lord Normamby..... «*de concert pour la mediation..... toute l' Allemagne..... la Lombardie..... l' Adige,*» y otras asi, que me indicaron se trataba de obrar de acuerdo la Francia y la Inglaterra para la mediacion entre el Austria y la Italia. «Quiera Dios, dije para mí, que el Austria no os conteste ahora con vuestra espresion favorita: *il est trop tard.*»

Mr. Marrast hizo perfectamente los honores de la fiesta. El *buffet* estuvo abundante y espléndido. Verdad es que pagaba la patria, pero para eso tenian república. Estrané una

conversacion que oí á un grupo de representantes. Unos con unas copas en la mano, y otros tomando unos helados, pusieron-se á hablar de apuros del tesoro, de créditos hipotecarios, de empréstito de 150 millones, de impuestos extraordinarios indispensables, de un recargo sobre cada contribucion, de la miseria pública, del estado angustioso de la hacienda, y de otras cosas que los ocupaban aquellos dias en la Asamblea, pero que no me parecian conversaciones propias de un festin, en que no debia haber sino alegría y gaudeamus. Yo tambien tomé mi helado á costa de la república, como en otro tiempo le tomé á costa de la monarquía en el teatro del palacio real de Compiègne. Y como ya habia visto lo que daba de sí un festin republicano, y tenia que ver lo que daba de sí una funcion monárquica en España, quise traer las ideas frescas para comparar, y despidiéndome de Mr. Marrast, dejé aquellos soberbios salones, me dirigí á mi hotel, tomé mi velocípedo, y emprendí mi regreso á España.

MI REGRESO A LA GRANJA, Y ENCUENTRO CON TIRABEQUE.

El dia 9 ya estaba yo de regreso en el Real sitio de San Ildefonso, despues de haber recorrido casi toda Europa en menos de ocho dias. Al apearme me encontré con mi buen le-go TIRABEQUE, que tendiéndome los brazos y apretándome cariñosos ósculos, «Bendito sea el Señor y alabado sea, exclamaba, que me ha concedido volver á abrazar á mi amo. ¿Qué ha sido de vd? ¿dónde ha estado? ¿qué ha visto? ¿qué ha hecho? ¿cómo se fué vd. sin avisarme, dejándome en tan triste viudedad y desconsuelo?

—Horfandad querrás decir en un caso, PELEGRIN, que yo

no me he casado contigo. Y tú ¿cómo estás aquí? ¿No te he dicho que no me volvieras á abandonar la celda?

—Señor, desengáñese vd.; nosotros somos como los dos cuñados asturianos, que no aciertan á vivir separados un momento.

—En esto te equivocas, PELEGRIN, porque ahora tendrán que separarse: ya sabes que el uno es ministro de Estado, y el otro está nombrado embajador en Viena.

—Pues ya verá vd. como no se separan, mi amo: hoy ha venido aquí el hermano Mon delante de mí; por cierto que venia dejando un olor á hacienda de España, es decir, un polvo, que es lo único que va quedando....

—Lo que yo veo, PELEGRIN, le dije interrumpiéndole, es que no quieres perder ningunade las fiestas que se hacen en el Real sitio, y nunca te falta un pretesto para venir. ¿Y qué dejas por Madrid?

—Nada de particular, mi amo. Allá queda el hermano Orlando: Orlando que va y Mon que viene, verá vd. cómo en este juego de las cuatro esquinas cuando vuelva el primero se encuentra con el puesto ocupado por el segundo (1). El hermano Cerragería ha renunciado la direccion del Banco, valor recibido de dicho señor.

—Valor entendido querrás decir.

—Eso, si señor. Los billetes siguen subiendo á Dios gracias, y los treses siguen bajando, gracias á Dios. Viudas que claman, cesantes que piden, clero que no cobra, gobierno que no paga..... nada señor, no hay nada nuevo ni particular.

—Ahora que dices eso del clero, ¿en qué quedó la cuestion que traian estos días la *España* y el *Clamor público* sobre libertad de cultos, sosteniendo éste que era una cosa muy conveniente y hasta muy necesaria en España, y sustentando la otra que seria inoportuna y grandemente perjudicial?

(1) Ya se ha visto como Tirabeque no se engañaba en sus barruntos.

—Eso ya se terminó, mi amo.

—¿Y quién ha vencido por fin?

—Los dos, señor.

—¿Cómo los dos? eso no puede ser.

—Los dos, si señor: justamente he de traer aqui en el bolsillo.... si, aqui están, veálo vd.

ESPAÑA del 5 de agosto.

La réplica del *Clamor público* á nuestro artículo de antes de ayer es una verdadera retirada.... No hay que decir si es vigoroso en la defensa; nadie lo es cuando se bate en retirada.

CLAMOR del 5 de agosto.

El artículo que publica ayer la *España* sobre libertad de cultos es una prueba evidente de su derrota. La fuerza victoriosa de nuestras razones le ha dejado sin armas para la defensa, con perjuicio de su causa y notoria ventaja de la nuestra.

—En efecto, PELEGRIN; es un buen medio de quedar todos victoriosos, y una buena manera de ilustrar á los pueblos; asi es como se los enseña.

¿Y qué hay por ahí? ¿qué hay por ahí? que tú ya habrás brujuleado: ¿está todo preparado para la noche?

—Todo, si señor; y yo ya tengo entrada para los jardines, que mi ingeniatura me ha valido.

—Pero para el baile nó.

—Ah, eso no señor; *domine, nin-sun-di nus*.

—Pues bien, tú estarás de la parte de fuera; yo estaré dentro; haré mis salidas y nos comunicaremos.

LA FIESTA DE LA MONARQUIA.

El caso era que yo no estaba convidado. Marrast habia convidado á la fiesta de su palacio á hombres de todos los colores políticos, pero si Miraflores hubiera oido que se filtraba en la

fiesta del palacio de la Granja un mortal que no fuera de la situacion, era capaz de haberle puesto en tablillas como ha hecho el gobierno con los 132 oficiales carlistas que despues de haber recibido sus mercedes se fueron de nuevo á la faccion, vea vd. que cosa mas natural, que la cabra tire siempre hácia el monte. Pero el mérito era asistir al baile sin ser de la situacion ni estar convidado, lo cual no debia ser una dificultad para un FR. GERUNDIO que habia estado dos dias de huésped en el palacio de Luis Felipe sin ser conocido.

A las nueve y media entraba TIRABEQUE por la puerta de los que tenian solo entrada á los jardines. A la misma hora entraba con mucha gravedad por la puerta de los convidados un personaje alto, delgado, con antiparras y peluca, y una gran banda al pecho, que con mucha prosopopeya les dijo al guarda y al centinela en un chapurrado entre italiano y español: *Il Embasador di la Gran Toscana*. Le faltaba tiempo al guarda para abrir la puerta al señor Embajador de la Gran Toscana sin pensar siquiera en pedirle el billete.—Este personaje era un servidor de vds.

Luego que entré en lo que los españoles que hablan en francés llaman *parterre*, me quité la banda apócrifa por lo que pudiera convenir. Antes de entrar en las salas de la fiesta, que eran las de la galería baja que dan al jardin y estaban abiertas, me puse á contemplar la iluminacion. Magnífica, sorprendente, eso si; difícil es describir el gran golpe de vista que ofrecian los millares de luces allí derramadas, ya en vasos de colores colocados en las escalinatas y pretilos de la cascada y de la fachada de palacio, ya en faroles de tela de diferentes tamaños y dibujos, ó bien decorando los cuadros del jardin, ó bien colgados simétricamente de los corpulentos árboles formando vistosas guirnaldas, ó bien esparcidos al capricho entre las copudas hayas de aquellas dilatadas arboledas. El trasparente que se elevaba al remate de la cascada, la fuente de Apolo que en un alto surtidor parecia querer regar la luna con sus cristalinas aguas, la luna que por su parte correspondia

á la fineza del señor Apolo enviándole sus suaves rayos para que luciesen mas sus argentadas perlas (esto es poético, y se conoce que cayó un chorro de la fuente de Apolo en la cabeza gerundiana), los concertados sonos de las tres orquestas que ejecutaban alternativamente variadas y lindas piezas dentro y fuera de los salones de palacio, menester es confesarlo, hacian un conjunto maravilloso y una deliciosa visualidad. Todo estaba perfectamente combinado. Parecia imposible que el marqués de Miraflores, á quien yo habia visto varias noches dormirse en el teatro al lado de la Reina, estando solo en el palco con S. M., hubiera sido el que dispuso, segun dicen, tan brillante iluminacion, y es que sin duda figuraba que dormía, y estaria organizando en su cabeza la iluminacion y el baile.

Tambien es facil que discurriera de dónde habria de salir el aceite para tantas luces. Y es fama que discurrió dejar á oscuras por unos cuantos meses á las viudas y pensionistas de la Real Casa que dignamente gobierna, acortar las viudedades, suprimir las cesantías desde este mes, y hacer otras economías de la misma especie; para lo cual, si no se necesita talento, tampoco se necesita caridad.

Las salas no estaban adornadas con menos suntuosidad y menos lujo; y las muchas luces, las paredes y estátuas de mármol y los grandes espejos las hacian brillar de resplandor. Dos fuentes corrian dentro de ellas. La concurrencia era grande; la Reina vestía un lindo trage de raso blanco con un ligero adorno de hojas verdes; las demas señoras iban vestidas generalmente con elegancia y sencillez; la Duquesa de Valencia era la única que se distinguia por sus muchos brillantes. Segun los periódicos todas eran hermosas, encantadoras; á mí me pareció que habia hermosas y feas como en todas partes. La Reina bailó la primera contradanza con el Presidente del Consejo de Ministros. Narvaez no volvió á bailar mas: S. M. continuó bailándolo todo.

Despues de haber observado un rato, mi paternidad se fué

á buscar á Tirabeque. A una seña convenida correspondió él con la contestacion acordada, y facilmente nos encontramos. Como no dividia el sitio destinado á los convidados de el del público sino una ligera enramada, podiamos hablarnos perfectamente, y aun vernos.

—«¿Qué te parece de este espectáculo, PELEGRIN? le pregunté.

—Señor, me respondió, estoy encantado: si toda la España estuviera como esto poquito, daria gloria vivir en ella: pero sale vd. de este cuadro, y todo lo demas está á buenas noches.

—Pero ya te harás cargo que no es posible que esté así toda la España. Y dime, ¿ves desde aqui algo de lo que pasa allá en los salones?

—Si señor, alcanzo á ver á los que bailan, cuando pasan por delante de las puertas, así como si fuesen las figuras de movimiento de los organillos, pero no puedo distinguir quienes son.

—Pues mira, algunos de ellos son los ministros.

—Señor, á mí se me habia figurado que eran cadetes del colegio de Segovia, que sé que han venido algunos convidados, y oficiales de la guarnicion, que tambien sé que hay muchos. Pero no creí que pudieran bailar los ministros. ¿Y diga vd., mi amo, por qué bailan?

—Me gusta la pregunta: por que estarán alegres y contentos.

—¿Y por qué están alegres y contentos?

—Anda, vé, y preguntaselo tú.

—No se enfade vd., mi amo, que yo creí que para bailar los ministros se necesitaria que hubiera algun motivo grande de satisfaccion, como haber vuelto á ganar las Américas ó cosa así. Y diga vd., ¿baila el hermano Pidal?

—No, hombre, tendria que ver el hermano Pidal haciendo piruetas.

—¿Y el hermano Mon?

—Tampoco le he visto bailar.

—No señor, ese no bailará; ese estará pensando en hacer bailar á los contribuyentes.

—A quien he visto bailar, PELEGRIN, es á los de Marina y Gobernacion.

—Señor, en cuanto al de la Gobernacion no lo estraño, porque al fin es un muchacho soltero, y si no baila ahora, ¿cuándo ha de bailar?

—Pues mira, ese muchacho soltero que está abí bailando como un descosido, es el designado para asistir al parto de la Señora Infanta, duquesa de Montpensier, en Sevilla, en representacion del gobierno, y como tal, será el que presida la augusta y solemne ceremonia, y el encargado de descubrir el recién nacido, y de autorizar el acta en calidad de notario mayor de los reinos.

—Señor, ¿y no habia otro á quien mandar para una cosa tan sería, que no fuera soltero y que no bailara tanto, y que tuviera mas representacion y supiera algo mas de esas cosas de paridas, como por ejemplo el hermano Arrazola, que tiene canas y ocho ó diez hijos, y debe saber algo mas sobre esos particulares?

—¿Qué quieres, PELEGRIN? Así parece que lo ha dispuesto el gobierno.

—Y diga vd., mi amo: ese señor cura que anda por abí, ¿baila tambien? Porque un cura en un baile paréceme como si se trasladára el viernes santo á la pascua de resurreccion.»

Decíalo TIRABEQUE por un eclesiástico que con el hábito talar paseaba por una de las calles del jardin.

Despues de esta conversacion con TIRABEQUE, me volví á las salas, colocándome como antes en sitio donde pudiera observar sin ser visto, ó al menos sin llamar la atencion. En algunos jarrones habia ramas de frutales, de fruta natural, guindas y peras. Las guindas, á juzgar por el color, debian estar maduras; las peras no, porque sucedió lo siguiente. Un aspirante á ministro, á quien no quiero nombrar, fué á echar mano á las peras, pero al tiempo de alargar la mano le dijo el

hermano Narvaez: «No, amigo, están verdes.» Aquel «están verdes,» dicho por Narvaez á un aspirante á ministro conoci que le habia dejado frio: ellos se entenderian. Lo mismo que á Cavaignac en la *soirée* del palacio de la presidencia de la Asamblea francesa, así rodeaban y hacian la corte á Narvaez en el baile del palacio de la Granja. Hombre habia cargado de cruces y calvarios que le llevaba de un extremo á otro de la sala un quesito helado, y se daba mil tropezones hasta encontrarle y ponérsele en la mano diciéndole con una sonrisa melosa: «Mi general, observo que vd. no toma nada, tome vd. un quesito siquiera.» Pero era una adulacion tan helada que Narvaez no le hacia caso.

Fui luego á ver la sala del ambigú, ó del *buffet* en francés, ó de la cena en español. La mesa estaba tan lujosamente cubierta y con tanta abundancia como se podria discurrir, con mucha mas abundancia que la mesa de Mr. Marrast. La monarquía excedia á la república en abundancia y en ostentacion. Nada faltaba alli de cuanto Dios crió, como suele decirse. Hasta los naranjos de los jardines habian sido trasladados á aquella pieza; las mesas cubrian las cajas de los susodichos naranjos, y solo dejaban descubrir las copas, de manera que los naranjos alternaban con los ramilletes y parecian como nacidos alli. Fué buena idea la de los naranjos. No me pareció tan buena el destinar para la cena la pieza conocida con el nombre de *el picadero*, que aunque no era picadero, y estaba recién pintada, estos nombres suelen durar mucho, y son de mal efecto.

Como yo no pensaba participar del contenido de la mesa, satisfecha la curiosidad, única cosa que tenia que satisfacer, me sali de alli al tiempo que los convidados iban á satisfacer no solo la curiosidad, sino el apetito que era natural les hubiera dado el baile, y pasé otra vez á ver á mi TIRABEUQUE. Al atravesar el jardin, observé que me miraban mucho, y quedaban diciendo unos: «¿Es FR. GERUNDIO ese?—otros; «quía, no es FR. GERUNDIO:»—otros: «yo tambien juraria que era FR. GERUNDIO:» otros: «¿cómo es posible que estuviera aqui FR. GERUN-

«dio?» Yo proseguí apresurando el paso, y los dejé en la misma duda que nos tiene todavía Cabrera, de quien no sabemos aún si está ó no está, ni si ha estado, ó no ha estado, que es cuanto se puede ignorar.

—«Vámonos, PELEGRIN, le dije á mi lego: ya no vuelvo, porque han empezado á reparar en mí, y podría ser conocido.»

—Lo siento, señor, me dijo TIRABEQUE; ahora precisamente iba yo á encargár á vd. que tuviera la bondad de decir á los ministros, que si no les era molesto, y no estaban muy cansados, bailaran un rigodon en obsequio á los pobrecitos que tienen en los calabozos y en los presidios, por no ser de la situacion, una contradanza en nombre de las clases pasivas, y una cabriola en honra y gloria de las garantías constitucionales.

—Pues amigo, ya no puede ser.

—Y diga vd., mi amo; ¿de resultas de este baile se pondrán los billetes á la par? ¿se volverá el dinero del empréstito? ¿se rebajarán las contribuciones? ¿se nos volverá á hacer amiga la Inglaterra? ¿se dará de comer al culto y al clero? Porque este baile, y esta cena, y estos farolitos, y todos estos gastos no crea vd. que se harán á humo de pajas, y nada mas que por divertirse una noche y gastar así de bóbilis bóbilis; y porque encender tantos faroles puramente por farolear, eso mi amo, seria acreditarse de gente muy farolera.

—Vaya, vaya, PELEGRIN, no digas tantos desatinos, y vámonos, que yo necesito descansar.

Era ya la una y media cuando nos retiramos. Al mismo tiempo salian algunas otras gentes. «¿De dónde saldrán estos bailes? iba diciendo uno.» Este es tonto de capirote, decia yo para mí, cuando todavía no sabe de donde salen. «Tantas luces aqui, decia otro, y en mi parroquia no se enciende la lámpara por falta de aceite.» Este debia ser algun sacristan. «Con la mitad de lo que se ha gastado aqui esta noche, decia otro, le sobraba á mi pueblo para pagar todos los atrasos y despachar el apremio que tenemos encima.» Este debia ser algun alcalde.

Cada cual salia reflexionando á su manera. Yo iba recapacitando sobre lo que habia visto en Europa. Sobre lo que eran los gobernantes de las repúblicas y los gobernantes de las monarquías; sobre las soirées y los empréstitos, sobre los bailes y las cuerdas de deportados políticos; sobre las jornadas de marzo y mayo en España, y las de mayo y junio en Francia, y sobre los festines de agosto en Francia y España; sobre Palmers-ton y la Irlanda, sobre Cavaignac y la república, sobre los ministros que bailan y las viudas que lloran, y hasta me acordé del aborto de la reina y del parto de la infanta. Así llegamos á la anchurosa plaza de palacio. TIRABEQUE iba muy silencioso. «Mucho callas, PELEGRIN, le dije, ¿en qué vas pensando?

—Señor, iba pensando en una cosa muy rara. ¿Ve vd. lo grande y espaciosa que es esta plaza en que estamos? Pues estoy pensando que si fuera posible juntar en una sola barra y hacer una sola lonja ó trozo de todo el turrón que tendrán entre todos los convidados de esta fiesta, digo yo que si cabría en esta plaza. ¿A vd. qué le parece?

—Lo que á mi me parece es que tú sales un poco picado de la envidia por no haber sido de los convidados: pero amigo, estas cosas no son para legos.

—Señor, si tuviera yo una renta por cada lego que habrá ahí..... Lo que yo tengo ya á la hora que es, mi amo, es gana de tomar alguna cosilla y de dormir.

—Pues bien, ya estamos en casa, y todo eso haremos.

—¿Qué quiere vd. que le sirva, señor? ¿el *ambigú*, el *rabút*, ó el *brufél*?

—Mira, PELEGRIN, sirveme la cena en castellano puro, y con eso no dirás disparates.»

Así lo hizo, y concluida que fué nuestra refaccion frugal, TIRABEQUE se echó á dormir el sueño del lego, y mi paternidad se fué á buscar el reposo del viagero.

PARTE HISTORICA.

ITALIA.

SUMARIO.

Toma y capitulacion de Milan.—Retirada de Cárlos Alberto y proclama al ejército y á los pueblos.—Declaracion de Milan en estado de sitio por el mariscal Radetzky, notificacion del mismo á los milaneses y nombramiento de gobernador.—Radetzky pide á su gobierno un refuerzo de 30,000 hombres.—Armisticio entre Cárlos Alberto y Radetzky.—Retirada de Cárlos Alberto á Alejandria.—Invasion de los Estados Pontificios por los austriacos.—Proclama del general Welden.—Contestacion del prolegado de Bolonia.—Protesta del Santo Padre.—Entran los austriacos en Bolonia y son rechazados valerosamente de la ciudad y cercanias.—Desaprueba el Austria la invasion de Welden y le manda evacuar las legaciones.—Sensacion que causaron en Roma los sucesos de Bolonia.—Proclama del ministerio romano.—Efecto que produjo en Turin, Venecia y otros puntos la noticia de la capitulacion de Milan.—Desaprobacion del armisticio celebrado entre Radetzky y Cárlos Alberto, por el gabinete de Turin.—Proclamacion de la República en Venecia.—Reposicion de Francisco V en el ducado de Módena, por los austriacos.

Segun anunciamos en las últimas noticias de nuestro número anterior, los austriacos ocuparon á Milan el 5 de agosto. Grande fué la confusion que reinó en la ciudad en este día y el anterior, no creyéndose ciertamente al ver la exaltacion de los ánimos, que el enemigo hubiera conseguido tan fácil triunfo. Habia rechazado Cárlos Alberto á los austriacos el día 4 hasta Malegnemo, volviendo victorioso á la plaza, despues de coger al enemigo 200 prisioneros y dos piezas de artilleria, lo cual alentó á los italianos de tal modo, que resolvieron defenderse hasta el último trance contra las formidables huestes de Radetzky, declarando traidor á la patria á todo el que hablase de capitular. Cárlos Alberto, sin embargo, despues de examinar el estado de la plaza, y en vista sin du-

da de la escasez de víveres , y principalmente de municiones de guerra en que esta se hallaba, se vió en la necesidad de consentir en la capitulacion siguiente:

Art. 1.º La ciudad será respetada.

2.º En cuanto dependa de S. E. el mariscal, se tendrán con respecto á lo pasado todos los miramientos que exige la equidad.

3.º El movimiento del ejército sardo se hará en dos dias de marcha, como se había acordado entre los generales.

4.º A todos los que quieran ausentarse de la ciudad , concede S. E. libre salida por el camino de Magenta hasta mañana á las ocho de la tarde.

5.º El mariscal deberá ocupar militarmente la puerta Romana, y hacer estensiva á toda la ciudad la ocupacion á las doce del dia.

6.º La conduccion de los enfermos y heridos se hará en los dias de marcha.

7.º Estas condiciones deberán recibir la aceptacion de S. M. sarda.

8.º S. E. el mariscal pide la inmediata libertad de todos los generales, oficiales y empleados austriacos que se hallan en Milan.

Sandonato 5 de agosto de 1848.

Firmado por el podestá de Milan y por los gefes de estado mayor de ambos ejércitos.

A consecuencia de esta capitulacion abriéronse á los austriacos el 5 las puertas de la ciudad, y la mayor parte de los nobles y principales ciudadanos aprovecharon esta circunstancia para salir de la plaza. Preparábase Carlos Alberto con su ejército á hacer otro tanto , cuando de repente el pueblo exaltado , gritando que se le había vendido , se dirigió tumultuosamente al palacio donde se hallaba el rey, destruyó sus equipages, y hasta se dispararon algunos tiros contra los balcones. Entonces Carlos Alberto se presentó noblemente á los amotinados; pero estos enfurecidos intentaron apoderarse de su persona , prodigándole al propio tiempo las injurias mas groseras, y llegando hasta á amenazar su existencia. Los bravos piemonteses acudieron inmediatamente á proteger al rey, y sin responder al corto fuego que les hicieron los amotinados, lograron salvar á Carlos Alberto, y sacarle fuera de la ciudad.

No se engañó ciertamente el infortunado rey cuando al emprender su marcha desde Puskerlengo á Milan pronunció las siguientes palabras: «Sé que cometo una grave falta militar retirándome á Milan en lugar de Alejandria; pero quiero dar á los milaneses una prueba de que no les abandono en los momentos críticos.» La noble empresa que emprendiera Carlos Alberto había fracasado; la suerte de las armas le había vuelto la espalda; pero su animoso corazon abrigaba aun la esperanza de poder recuperar algun dia las ventajas que con tanto valor y herois-

no supo alcanzar sobre sus enemigos, y que acababa de perder por una de esas deplorables combinaciones que en una hora suelen cambiar la suerte de los ejércitos.

Cárlos Alberto, tan grande en la adversidad como prudente fuera en la victoria, se retiró á Vigevana, pueblo situado en el camino real de Alejandria, una legua distante de la derecha del rio Tessino, desde donde dirigió al pueblo y al ejército las notables proclamas siguientes:

ORDEN DEL DIA.

«Soldados: Los azares de la guerra nos obligan á repasar el Tessino. El último combate que sostuvisteis á la vista de Milan, honra vuestro valor. Si la falta de municiones nos impidió continuar la defensa, como ardientemente deseábamos, la victoria ha costado cara al enemigo. Soldados, conservad vuestro valor; organizaos pronto y vigorosamente. Quiero que se mantenga la mas severa disciplina y que toda infraccion sea castigada con el mayor rigor; que el servicio se haga con mas exactitud y que las propiedades particulares sean inviolablemente respetadas. En los momentos criticos la unidad y la subordinacion son mas necesarias que nunca. La causa de la independenciam italiana, cuya defensa hemos emprendido, es noble y santa. Los siglos pasados la comprendieron, y en el dia, los votos de las poblaciones se pronuncian libres, francos y unánimes en nuestro favor. Los dias de la adversidad pasarán, y el derecho triunfará de la fuerza bruta. No desesperéis; cumplad cada uno con su deber.—Cuartel general principal. Vigevana 7 de agosto de 1848.—CARLOS ALBERTO.»

A MIS QUERIDOS Y MUY AMADOS PUEBLOS.

«La suerte de las armas que desde el principio no habia cesado de sonreír á la heroica decision de nuestro valiente ejército, nos ha sido últimamente adversa; la fatalidad de un gran número de circunstancias éstraordinarias nos ha obligado á retirarnos delante del enemigo. En este movimiento nos inquietaba la suerte de la bella capital de Lombardia, y persuadidos de que la hallariamos abundantemente provista de todo, resolvimos consagrar todos nuestros esfuerzos á su defensa. Todas las tropas se dirigieron á dicha ciudad, dispuestas á hacer una vigorosa resistencia, cuando supimos que en Milan no habia dinero ni municiones de boca y guerra, al paso que la mayor parte de las nuestras se habian consumido en la batalla que se dió despues de nuestra llegada. Lo que mas agravaba nuestra situacion, era que el gran parque se habia dirigido á Plasencia; el camino estaba interceptado por

el enemigo, y no era posible hacerle volver. Estas circunstancias nos demostraron que era necesario salvar á Milan y al ejército, y evitar una efusion de sangre inútil. Este objeto lo conseguimos mediante un convenio, en el cual se determinaba que la ciudad seria abandonada por nosotros, dejándonos libre la retirada al otro lado del Tessino, y respetándose las vidas y propiedades de los milaneses en cuanto fuese posible. Estas son las razones de hallarse otra vez en medio de vosotros el ejército, al cual os unen tantas simpatías.

«Si el destino le ha negado la realizacion del alto objeto que se proponia, se ha hecho por lo menos acreedor á los titulos mas gloriosos de arrojo y decision, adquiridos á costa de su sangre y su constancia. El ejército ha vuelto respetado, y todavía se halla dispuesto á defenderos contra cualquier atentado del enemigo. Vosotros, que participais de la gloria que él ha adquirido, recibidle cordialmente y hacedle menos dolorosa la memoria de sus desgracias con vuestra sonrisa fraternal. En sus filas llegan los príncipes mis hijos, en sus filas vuelvo yo mismo, dispuestos todos á prestarnos á nuevos sacrificios, á nuevos trabajos y á dar la vida por el pais que nos vió nacer.—Vigevana 7 de agosto de 1848.—CARLOS ALBERTO.»

En este dia se hallaba ya bastante tranquila la ciudad de Milan, si bien el mariscal Radetzky despues de tomar diferentes precauciones militares, declaró á la capital en estado de sitio, nombrando gobernador de ella al príncipe Schwartzemberg, quien en virtud de las facultades que le concedia su nuevo cargo, publicó entre otras disposiciones la siguiente notificacion:

«Trataré sobre todo de mantener el orden y la tranquilidad, y defender la seguridad de las personas y de los bienes. Reasumidos por el estado de sitio decretado ayer, todos los poderes en manos de la autoridad militar, sabré cumplir con mi deber.

«En las tropas imperiales mantendré la disciplina con la firmeza necesaria, no tolerando ninguna trasgresion en perjuicio de los habitantes; pero cualquier tentativa de insurreccion en la ciudad ó en otro punto, será reprimida severamente con arreglo á las leyes militares vigentes. Bastando las tropas de la guarnicion de Milan para mantener la tranquilidad pública, queda disuelta la guardia nacional; sus individuos no podrán llevar uniforme. Para evitar cualquier desorden se recomienda que no se formen grupos en las calles y sitios públicos, y se prohíben las conversaciones relativas al actual estado de cosas. No siendo compatible con las circunstancias la libertad de imprenta, los autores de escritos subversivos serán castigados como perturbadores del orden con arreglo á las leyes militares.»

Volvió, pues, el mariscal Radetzky á su antiguo sistema de intimi-

dacion y persecucion, olvidándose de los sentimientos paternales y del olvido de lo pasado que habia anunciado á los milaneses, y persistia sin duda en su marcha agresiva, cuando pidió á su gobierno un refuerzo de 50,000 hombres para estar prevenido contra cualquier evento.

Entre tanto continuaba en Vigevana reorganizando su ejército Carlos Alberto, quien no obstante la profunda afliccion de que se hallaba poseido, su continente sereno y digno en medio de aquellas circunstancias, trataba de inspirar la mayor confianza á las tropas y un vivo entusiasmo á los pueblos. Despues de haber logrado de Radetzky el consentimiento para una suspension de armas por tres dias y para el cangeo de prisioneros, celebró con este general el siguiente armisticio que anunció á sus pueblos en estos términos:

«Las necesidades y fatigas de una campaña que ha durado mas de cuatro meses, soportada por nuestro valiente ejército con una firmeza y constancia á toda prueba; los contratiempos atmosféricos que han venido á agravar los sufrimientos del soldado, las enfermedades procedentes en parte de la insalubridad local y en parte del calor excesivo, han debilitado la energía de las tropas. Asi, hemos comprendido la necesidad de un descanso temporal para remediar estos males, y por tanto nos hemos determinado á entendernos con nuestros adversarios para establecer el siguiente convenio de armisticio entre los ejércitos sardo y austriaco, como preliminar de las negociaciones para un tratado de paz.

Art. 1.^o La línea de demarcacion entre los dos ejércitos será la frontera de ambos estados.

Art. 2.^o Las fortalezas de Peschiera, Roca d' Anfo y Oropo serán evacuadas por las tropas sardas y entregadas á las de S. M. I. La entrega de estas plazas se verificará tres dias despues de la ratificacion del presente convenio. Se restituirá todo el material de dotacion de dichas plazas perteneciente al Austria. Las tropas salientes llevarán consigo todo su material, y las armas, municiones y efectos que habian introducido, dirigiéndose en marchas regulares y por el camino mas corto á los estados de S. M. sarda.

Art. 5.^o Los estados de Módena y Parma, y la ciudad de Placencia con el territorio que le corresponde como plaza de guerra, serán evacuados por las tropas de S. M. el rey de Cerdeña, tres dias despues de la ratificacion del presente convenio.

Art. 4.^o Este convenio será estensivo igualmente á la ciudad de Venecia y á las provincias venecianas; las fuerzas militares sardas de mar y tierra, abandonarán dicha plaza y sus fuertes, y volverán á los estados sardos. Las fuerzas de tierra podrán hacer las marchas por tierra y por el camino que se designe.

Art. 5.^o Las personas y las propiedades de los habitantes de todos los puntos mencionados, se colocan bajo la proteccion del gobierno imperial.

Art. 6.^o Este armisticio durará seis semanas, para dar lugar á que se abran las negociaciones de paz, y concluido el término, podrá prorogarse de comun acuerdo, ó denunciarse con ocho dias de anticipacion al de las primeras hostilidades.

Art. 7.^o Se nombrarán recíprocamente comisarios para la mas fácil y amistosa ejecucion de los anteriores artículos.

Cuartel general de Milan 9 de agosto de 1848.

Firmado. Conde *Salasco*, teniente general gefe de estado mayor general del ejército sardo.

Hess, teniente general, cuartel-maestre general del ejército austriaco.

De órden del rey

Cuartel general de Vigevana 10 de agosto de 1848.

El teniente general, gefe de estado mayor general.—*SALASCO*.

A consecuencia de este armisticio y despues de trasladar el dia 12 su cuartel general á Alejandria, plaza fuerte fronteriza, Carlos Alberto dirigió una nueva proclama á los italianos, declarando que volveria á emprender la guerra con nuevos brios en el caso de que el enemigo no propusiese medios honrosos de paz y avenencia.

Al paso que el mariscal Radetzky ocupaba la Lombardia rechazando al rey de Cerdeña hasta las fronteras de su reino, otro general austriaco, el teniente mariscal Welden, invadia los Estados Pontificios al frente de una columna respetable. Alegaba este general para cohonestar su entrada en las legaciones, el deseo que animaba á su gobierno de sostener el órden y la tranquilidad en los estados del Pontífice, y asi lo manifestó en una proclama en que declarandó que atravesaba el Pó por segunda vez para acabar con las facciones revolucionarias, terminaba con las siguientes palabras:

«Tiempo es ya de poner un dique á tanto desórden: donde la voz de la razon no pueda penetrar, me haré escuchar con mis cañones. Distantemente de toda idea de conquista, nunca abrigada por el Austria respecto de vuestro país, pues á no ser asi habria conservado ya con pleno derecho su posesion hace ya treinta años, intento únicamente proteger á los pacíficos habitantes, y conservar á vuestro gobierno el dominio que le disputa una faccion. ¡Ay de aquellos que se mostrasen sordos á mi voz y traten de hacer resistencia! ¡Volved la vista y ved todavía humeantes las cenizas de Sermida! El país quedó destruido porque sus habitantes hicieron fuego á mis soldados.—Cuartel general de Bondana 5 de agos-

to de 1848.—El teniente mariscal comandante del ejército de reserva, WELDEN.»

A esta proclama contestó el prolegado de Bolonia con la siguiente protesta:

«La condicion topográfica del pais, la resistencia de la tropa á hacer una defensa inútil, y la concentracion en un punto mas estratégico, me han impulsado á enviar al cuartel del mariscal Welden una diputacion, compuesta del doctor Brunetti y del abogado Martinelli, con la siguiente protesta con motivo de la violacion del territorio pontificio por la entrada de las tropas austriacas en esta provincia. Este ha sido un acto de fuerza superior que en nada puede perjudicar la plenitud é inmunidad de los derechos soberanos de la Santa Sede en esta provincia.

«En nombre del Soberano Pontífice reinante, queremos mantener en su fuerza y reserva todos nuestros derechos y titulos, principalmente la conservacion de la guardia civica, establecida por el *motu proprio* soberano de 30 de julio de 1847: hacemos las competentes reservas para reclamar en su dia la indemnizacion á que dé lugar el hecho mismo, ya directamente, ya en sus consecuencias.

«La guardia nacional seguirá haciendo el servicio, y estará pronta á mantener el orden con la dignidad y la energia que requieren las circunstancias. Bolonia 6 de agosto.—El prolegado, BLANCHETTI.»

No podia ciertamente Pio IX ver con impasibilidad la injusta invasion de los austriacos en sus estados, y el mismo dia que nombraba el nuevo ministerio, ponía en manos del sucesor de Mamiani, el cardenal Soglia, para su publicacion la siguiente protesta de Su Santidad con motivo de la invasion de los austriacos.

«La Santidad de Nuestro Señor, teniendo en cuenta desde el principio de su pontificado las circunstancias en que se encuentran los Estados Pontificios y los demas de Italia, como padre comun de los príncipes y de los pueblos, igualmente ageno de guerras exteriores que de discordias intestinas, y deseoso de labrar la verdadera felicidad de Italia, imaginó y emprendió las negociaciones para una liga entre los príncipes de la Península, siendo este el único medio á propósito para satisfacer los vivos deseos de sus habitantes, sin ofender en lo mas mínimo los derechos de los príncipes, ni contrariar las tendencias de los pueblos á una bien entendida libertad. Estas negociaciones fueron secundadas en parte, y en parte tambien fueron infructuosas.

«Sobrevinieron despues las grandes vicisitudes de Europa, á las cuales sucedieron los hechos y la guerra de Italia. El Santo Padre, siempre consecuente consigo mismo, mostróse ageno, con harto sacrificio suyo, de tomar parte en la guerra, sin olvidarse empero de emplear todos

los medios pacíficos para conseguir el primer objeto que se había propuesto.

«Pero con gran sorpresa suya, esta conducta inspirada por la prudencia y mansedumbre, no ha impedido penetre en sus estados un ejército austriaco, el cual no ha vacilado en ocupar algunos territorios con solo declarar que la ocupacion era temporal. Es, pues, necesario hacer entender á todos que los dominios de la Santa Sede han sido violados por esta ocupacion, la cual, háyase hecho con la intencion que se quiera, no podia ejecutarse justamente sin prévio aviso y sin obtener el necesario consentimiento.

«En tan dura necesidad, á la que se quiere dar margen por la fuerza de enemigos exteriores y las asechanzas de enemigos interiores, el Santo Padre se abandona en manos de la Divina Justicia que bendecirá el uso de los medios que hayan de adoptarse segun lo exigen las circunstancias. Entretanto, por medio de su cardenal secretario de Estado, protesta altamente contra semejante acto, y apela á todas las potencias amigas á fin de que tengan á bien tomar la proteccion de estos estados para la conservacion de su libertad é integridad, para la defensa de los súbditos pontificios, y sobre todo, para la independenciam de la Iglesia.—Dado en la secretaría de Estado hoy 6 de agosto de 1848.—*G. Card., SOGLIA.*»

Nadie, sin embargo, era bastante á contener la invasora marcha de los austriacos, que no contentos con haber ocupado á Ferrara, seguian avanzando hácia Bolonia. Hiciéronse tambien dueños de esta ciudad, aunque solo por doce horas, pues exaltado el pueblo con la agresion de los enemigos, y deseando vengar la humillacion del dominio estrangero, acometi6 á dos soldados que atravesaban la ciudad conduciendo pliegos y los asesin6. Este desgraciado suceso encolerizó tanto al general Welden que intim6 al prolegado le entregase al momento los culpables, ó en su defecto seis personas de la clase noble por via de rehenes. El prolegado prefiri6 entre ambos extremos responder él personalmente de todo, poniéndose á disposicion del general; mas no pudo llevar á efecto su patri6tico sacrificio, pues al tratar de pasar al campo austriaco, ya se habia trabado en las calles una lucha horrible, cual correspondia á un pueblo que veia hollar sus mas sagrados derechos, consiguiendo al fin los boloñeses arrojar de la ciudad á los enemigos. Rechazados estos, se situaron en una altura y empezaron á bombardear la poblacion, de que result6 el incendio de algunos edificios; pero esto solo sirvi6 para aumentar el ardor de los habitantes, que desesperados acometieron la árdua empresa de atacar á los austriacos en sus fuertes posiciones, lo cual hicieron con tanto arrojo y

valentia, que los imperiales tuvieron que abandonarlas y retirarse, dejando en poder de los vencedores bastantes prisioneros y alguna pieza de artillería.

Ninguna otra tentativa hizo el general Welden para llevar adelante su invasión, y no tardó su gobierno, fundándose en el razonable deseo de evitar una guerra general al propio tiempo que recelando que los franceses trataran de ocupar á Ancona, en desaprobar altamente la invasión de los Estados Pontificios que habia llevado á cabo el referido general, mandándole evacuar las legaciones y retirarse á Verona. Esto era lo menos que podia hacer el gobierno austriaco para justificarse á los ojos de Europa de un atentado tan indisculpable como perjudicial á sus propios intereses y á la causa del órden y de la justicia.

Nada mejor podrá dar una idea de la sensacion que causó en Roma la noticia de los sucesos de Bolonia que la siguiente proclama del nuevo gabinete romano:

«Pueblos de los estados de la Santa Iglesia: En el ministerio de la Guerra se ha recibido por extraordinario un parte del presidente de Bolonia, fechado el 8 á las ocho y cuarto de la noche. Comienza: *El pueblo se ha batido con los alemanes.* La importancia de estas pocas palabras es grande, terrible; pero no nos desalienta. Concluye: *El pueblo ha triunfado;* pero estas no nos embriagan de una loca alegría. La constancia es la que asegura el triunfo. Los ministros corrieron á presentarse al Sumo Pontífice, y le manifestaron el peligro á que se hallan espuestos sus hijos «**PUES HAGASE, respondió, TODO CUANTO SE PUEDA POR SALVAR A LA PATRIA Y DEFENDER SUS SAGRADOS CONFINES!**» Ya los batallones de la Romanía retroceden de la Católica á marchas dobles para acudir al campo de batalla. Aquellos batallones y los que les seguirán de las demas provincias y de esta capital, llevan y llevarán consigo la bendición de Pío IX; de aquel Pío IX que atiende á la defensa y á la redencion de la patria comun. El ministerio se apresura á dar cumplimiento á la voluntad soberana, atendiendo por todos los medios á la presente urgencia.

«Dado en el Quirinal á 11 de agosto de 1848.—G. Card. Soglia, presidente del consejo de ministros; Eduardo Fabbri; Pascual de Rossi; Lauro Lauri; C. Gaggiotti, interino; G. Galletti.

El suceso mas trascendental, el que habia echado por tierra tantas esperanzas como abrigaban los pechos italianos, la toma y capitulacion de Milan, en fin, produjo un terrible efecto en casi todos los reinos de Italia. En Turin y Venecia principalmente se manifestó de una manera ostensible el disgusto de tamaña pérdida, y cada cual acusaba ya á uno ya á otros de haber trabajado sordamente contra la causa de la independencia italiana. El ministerio dimisionario de Turin, que á pe-

sar de los infinitos viages del abate Gioberti y otros personajes al cuartel general del rey, no habia podido aun reconstituirse por falta de personas que quisieran encargarse de los negocios en aquellas circunstancias, se negó decididamente á aprobar el armisticio que con el mariscal Radetzky habia hecho el general Salasco, añadiendo que este se habia escedido de sus facultades al firmar el convenio contra el cual protestaba; á cuyo efecto mando orden á sus representantes en el extranjero para que hicieran otro tanto, fundada esta determinacion en que un oficial general no tenia facultades para firmar un convenio semejante.

De mayor trascendencia fueron aun en Venecia las noticias de la capitulacion de Milan; pues que apenas el pueblo tuvo conocimiento de ellas, se enfureció en estremo, llegando hasta á amenazar á los comisarios de Carlos Alberto. Daniel Marini se lanzó á la plaza á donde le siguió el pueblo, quien despues de haberle escuchado y aplaudido con furor, proclamó la república y le nombró presidente de ella. Venecia rehusaba aceptar el armisticio celebrado entre Carlos Alberto y Radetzky, y se preparaba á defenderse hasta lo último, antes que sucumbir de nuevo al yugo austriaco. A consecuencia de estos sucesos salió con direccion á Paris Nicolás Tommaseo con una comision diplomática de la república de San Marcos para su hermana la de Francia.

Pero ¡singular contraste! al propio tiempo que en Venecia rechazaban indignados las proposiciones de los austriacos, los modenesees recibian contentos casi de manos de aquellos á su gran duque Francisco V, el cual entró triunfante en su antigua córte al dia siguiente de haber sido ocupada por los enemigos de Italia. Los austriacos en esta ocasion tuvieron que constituirse en protectores de los liberales, contra las amenazas de los infinitos habitantes del campo, que acudieron á la capital á felicitar al gran duque. Este, antes de entrar en sus estados, publicó en Mántua una proclama concediendo amplia amnistia á cuantos tomaron parte en la insurreccion, esceptuando únicamente á los gefes y promovedores de ella, si bien les dejaba el tiempo necesario para que abandonaran el ducado.

